

La prostitución en Temuco, 1930-1950: la mirada del "cliente"

Alvaro Bello M.

Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, CEDEM

Son espejismos
en que las tetas y las piernas cuelgan enrojecidas
por el gas que las rodea e interfiere la visión:
son bocas rojas en que brilla el fuego de la carne
son pozos sépticos o container a la vera del camino
y se consumen en la noche a la velocidad de la demanda.

Federico Schopf, *Escenas de un peep-show*

Este es un estudio fundamentalmente histórico, que intenta abordar desde la mirada popular¹ algunas facetas desconocidas y habitualmente relegadas de los estudios sociales: el de la diversión y el ocio. En un trabajo anterior,² hemos desarrollado esta temática desde tres puntos de vista: el de las fiestas obreras, el problema del consumo de alcohol en forma excesiva y el de la prostitución y sus características, en la ciudad de Temuco entre 1930 y 1950. En el presente artículo retomamos la temática, pero sólo abordamos en forma detenida lo referente a la prostitución. Además, agregamos algunas reflexiones que puedan permitir un estudio del tema desde otros ámbitos que no sean los estrictamente historiográficos. La investigación se ha basado en fuentes escritas (diarios, documentos, fuentes secundarias) y en testimonios orales, a los cuales hemos dado especial importancia.

EL CONTEXTO: TEMUCO 1930-1950

A fines de la década del veinte, Temuco, la mayor de las ciudades de la frontera, mostraba un acelerado crecimiento en su población³ y, consecuentemente, en su expansión urbana. Pese a que aún no transcurría medio siglo desde su fundación, eran apreciables los rasgos propios de una ciudad progresista, con sus calles adoquinadas, sus plazas, el transporte público, edificios estilo europeo que albergaban bancos y reparticiones públicas, hoteles, tiendas y cines. Más aún, se podía distinguir claramente la estructuración socio-urbana de la ciudad con sus barrios, poblaciones y sectores más o menos delimitados por arterias o calles (avenida Alemania, calle Pinto) o por actividades (barrio Estación, feria Pinto), o bien por accidentes geográficos naturales (el barrio popular de Santa Rosa ocupa gran parte de un antiguo aterrazamiento del río Cautín, o el caso de Padre Las Casas, separado de Temuco por el mismo cauce).

La élite y los nacientes sectores medios tendían a agruparse en el centro de la urbe y en torno a algunas calles y avenidas, como la avenida Alemania, por ejemplo. En este amplio sector se desenvolvía gran parte de la actividad industrial y comercial de la ciudad. Hacia la periferia se encontraban en general los barrios y poblaciones habitados por los sectores populares.⁴ El barrio de mayor extensión estaba ubicado en los alrededores de la estación del ferrocarril y de la entrada norte a la ciudad, que en aquel tiempo era la avenida Pinto; en esta misma arteria se fue estableciendo desde mediados de los treinta una feria de productos agrícolas que perdura hasta nuestros días.⁵

Los habitantes de estos barrios (Estación, Pueblo Nuevo, Pinto, Santa Rosa) en su mayoría eran obreros, jornaleros, carpinteros, agricultores, pintores, mozos, zapateros, herreros, maquinistas y costureras.⁶

Pero la ciudad era incipiente en sus bordes, en sus límites y en sus conflictos, no obstante que con su fundación se había dado inicio a la desintegración social de un espacio, ocupado por la fuerza de una

campaña militar en 1881.⁷ El resultado fue que mientras en los campos aún se asistía al violento despojo de tierras al pueblo mapuche,⁸ la ciudad parecía ser un espacio en el cual las tensiones sociales estaban soterradas. No fue hasta 1929, año en que se inició la gran crisis económica, que estos conflictos afloraron con mayor fuerza en el espacio urbano. La cesantía, entonces, la falta de alimentos, la escasez de habitaciones, la marginalidad, mostraron su rostro más terrible.⁹ Durante el año 1932 la crisis alcanzó su punto más alto; al menos, así lo demuestran las noticias publicadas en la prensa de la época, las que dan cuenta de la caótica situación que vivían los trabajadores frente a la ola de cesantía y hambre que recorría la ciudad.¹⁰

Los años posteriores, década del cuarenta, son los años de la recomposición socioeconómica de la región. En este período el país se volcó hacia una nueva estrategia económica, consistente en el fortalecimiento de la demanda interna y el proceso de sustitución de importaciones. Sin embargo, la región de la frontera tardó en integrarse a esta nueva situación, pues, a pesar de la recuperación de los precios del trigo y de la aparición de nuevos productos agrícolas, la falta de una industria pesada la dejó fuera de los circuitos de la gran producción exportadora.¹¹ Tal fue, probablemente, el motivo por el cual los efectos de la crisis del treinta se prolongaron hasta fines del cuarenta, manteniendo sus secuelas de marginalidad y cesantía sobre los sectores más bajos de la población popular urbana. Tal situación derivó en un profundo deterioro de la calidad de vida de estos sectores.¹²

PROSTITUCIÓN Y BORRACHERAS EN TEMUCO

La prostitución, el consumo excesivo de alcohol, las parrandas, el lenocinio o prostíbulo, forman parte de un espacio humano íntimo, casi sagrado en su desacralidad. La prostituta es un ser territorial, de tránsito (en ella no se concibe ni se ama, según el planteamiento de Marcela Lagarde¹³); el bar, la cantina o la "casa de putas" son territorios infértiles en donde se pierde (la honra, la virginidad, la inocencia, el tiempo y la capacidad productiva) y se gana (la hombría, el sustento para sobrevivir, el olvido de la acuciante realidad). Son espacios violentos, pero también de solidaridad, de alegría y de soledad, y la sociedad los permite o los prohíbe porque en ellos permanecen enterrados los más ocultos temores de la sexualidad culpable, de un orden social dominado básicamente por los hombres.¹⁴

¿Es posible suponer que la crisis económica y social de un país genere más alcohólicos y más prostitutas? ¿Son la prostitución y el consumo excesivo de alcohol formas de diversión o de resistencia?

En Temuco, durante los años posteriores a la crisis del treinta, es posible corroborar un apreciable aumento en el consumo de alcohol y en el ejercicio de la prostitución,¹⁵ no obstante algunos antecedentes demuestren que el fenómeno se arrastraba desde las décadas anteriores.¹⁶

Apenas a tres cuadras de la estación del ferrocarril, la entrada oficial de Temuco en aquel tiempo, existía un mundo desbocado, bárbaro y pecaminoso. Al llegar a la calle Patzke o Basilio Urrutia o al bajar por Miraflores, a ambos lados de la calle, se podía apreciar algunos miserables "chincheles" que expendían alcohol y que en las oscuras noches de invierno se transformaban en alegres cabarets o "salones de baile". Los más atrevidos se aventuraban cruzando el puente que une Temuco con Padre Las Casas, territorio peligroso a merced de delincuentes, bandoleros y renegados.¹⁷ La calle principal de este barrio, Villa Alegre, honraba su nombre con animados prostíbulos y cantinas.¹⁸

Estos barrios eran los asentamientos más nuevos de la ciudad; por tal razón y en vista de la reciente crisis que había asolado al país, carecían en general de servicios básicos como agua potable, alcantarillado y luz eléctrica; la mayor parte de sus calles eran sólo de tierra, por lo que en invierno se transformaban en un gran lodazal.¹⁹

En este ambiente se desarrollaba la "licenciosa" vida de las "casas de tolerancia".

Según la prensa de la época, sólo cuatro de estos garitos, clasificados en el rubro de "cabarets", poseían permiso para vender alcohol;²⁰ el resto lo hacía en forma ilegal. El mayor aumento de estos locales se dio a fines de la década del treinta, y al parecer alcanzó su auge a lo largo de casi toda la década siguiente. En 1943, por ejemplo, un artículo de prensa denunciaba el grave aumento de la prostitución encubierta:

Temuco está plagado de estos negocios reservados, o sea casas de citas donde se ejerce la prostitución en forma solapada y el negocio clandestino de la carne y de las bebidas alcohólicas se hacen desenfrenadamente.²¹

Sin embargo, en las calles adyacentes a la estación y cercanas a la feria existían cuadras completas con lupanares abiertos a toda hora del día, sin que ninguna autoridad se acercara a sancionarlos; incluso la prensa casi no los menciona.

Estos "garitos" o "chinceles" eran de una pobreza extrema y no poseían ni las más mínimas comodidades.

Ahí en Patzke antes existían, había esos negocios de diversión, que en ese tiempo no eran las casas de dos pisos como ahora, sino que eran de tejas. Si eran unas mediaguas.²²

Esta misma persona cuenta que en una ocasión, cuando visitaba uno de estos lugares, se le advirtió lo peligroso que podía ser bailar demasiado fuerte.

"Oiga, no baile tan fuerte porque las tejas se van a caer", me dijo ella. Y si uno se afirmaba en el poste de la casa, se desclavaba la casa, así que no había que afirmarse muy fuerte, las tejas se venían abajo. Estaban sumamente podridos esos negocios.²³

Bilbao era otra calle que concentraba prostíbulos.

Y ahí por Bilbao era cosa seria. Usted pasaba con sombrero, se lo sacaban, claro. Y usted no sabía cuál era la puerta, porque todas las puertas eran iguales, una puerta y una ventana, una puerta y una ventana. Y todo era con victrola.²⁴

En Basilio Urrutia, en cambio, los locales estaban mejor habilitados, sobre todo porque eran salones de baile, que en forma paralela funcionaban como lupanares.

Había grandes salones de baile ahí. Ahí sí que había hartas novias, pero pistas enormes de baile, donde entraban sus cincuenta, ochenta, y había distintas partes, sobre todo en Basilio Urrutia.²⁵

En este sector, los nombres de los locales que más ha retenido la memoria son "El Alamito" en B. Urrutia,²⁶ en Bilbao estaba "El Palermo", "El Marino" y "El Roto Chileno"; cerca también estaba "La Casa de Lata", "un cabaret muy bueno".²⁷

Al otro lado de la ciudad, en Padre Las Casas, existían locales similares, aunque al parecer de mayor precariedad que los anteriores; a esto se agregaba el constante peligro que significaba transitar por este barrio, que carecía por completo de vigilancia policial.

En este sector, los lupanares se concentraban básicamente en la calle principal, Villa Alegre, ancha y polvorienta avenida donde se ubicaban casi al lado de las misiones religiosas, "La Rufina", "El Rosedal", "La Monja" y "Casas Viejas".²⁸

Los prostíbulos por dentro

Siempre el primer beso que empieza es igual a la cereza,
primero sigue bien, primero...

*Besos y cerezas (canción)*²⁹

Es difícil llegar a una descripción muy genuina de lo que eran estos locales en su interior. Tal vez una mirada a los que aún perduran de esa época pueda ayudar a completar el cuadro. Los garitos como los de Patzke, Bilbao y Villa Alegre, en general no poseían más que unas cuantas sillas y mesas y una pequeña pista de baile; al fondo estaban las "habitaciones", separadas apenas por una roída sábana. El

piso muchas veces era de tierra y casi no poseían decoración, excepto algunos recortes de diarios con retratos de algún ídolo de la música o del cine.³⁰

Según el relato de una mujer mayor (Marta), que trabajó en uno de estos locales, lo básico es que cada lugar tuviera al menos una victrola, y si no una simple guitarra. La música preferida era las tonadas y las cuecas, como las del dúo Ocampo Flores, que interpretaban *¿Por qué será?* y *Tú eres la ingrata*. Por la radio también se podía oír *Chirlándote un beso*, de Massobrio y Calderella, o el trío Los Nativos, con sus vales y rancheras. El trago de moda en esa época era el vino o malta con papaya.

En "La Rufina", en Padre Las Casas, éste era el ambiente:

Había una ahí a la salida, a la cruzada; se llamaba "La Rufina". Esa vendía vino ahí, las carretas tomaban todo el día, lo que vendían se lo tomaban y lo que no, los cuatreritos se lo robaban después que ellos estaban curados ... Tenía de todo, mujeres, de todo tenía ahí. Tocaban la victrola, esa cuestión que le dan cuerda.

Y adentro,

piezas así a lo largo, otras pa' un la'o, otras escondidas ahí. Llegaban, compraban una chuica de vino, y aquí estaban tomando, más allá bailando y más allá haciendo sus ... [cosas].³¹

Los "clientes"

Primero tocamos la puerta, el golpe, y salió doña Juanita:

—Ay, buenas noches, señor Zúñiga.

—Buenas noches —le dije yo—. ¿Qué tal ganado tiene?

—Por ahí están las chiquillas, señor Zúñiga; pase nomás.

Y pasamos pa'dentro y éste [refiriéndose a su acompañante] entró. Yo le presenté una chiquilla, se llamaba Olga Villegas; me acuerdo siempre, era la jefa de salón. Y le presenté, le dije yo:

—Te presento a una chiquilla —le dije yo—; ella es la jefa de salón. Entonces ella llega, se cuadra así, le dice [indicándose entre la piernas]: "Olga Villegas, p'al primero que llega..."³²

Manuel Boert cuenta que estas incursiones a veces eran "involuntarias" y que bastaba con pasar por una de estas calles para ser atrapado por alguna "mala mujer".

... las mujeres salían a atraparlo a uno a la calle, mujeres ya malas, mujeres cochinas, ya ellas no tenían miramiento; ésas ya salían medio desnudas a atraparlo.³³

Los clientes asistían en forma individual, o en grupos mayores de hasta veinte o más personas. Pero, ¿quiénes iban realmente a estos lugares?

En realidad, esto dependía del lugar al cual se acudiera. Según el señor Carlos Escobar,

esas diversiones eran pa' los trabajadores, pa' gente de trabajo que mueve plata.³⁴

Es decir, para aquellos que deseaban lugares "más limpios", como los de Basilio Urrutia. Según la misma persona, la situación cambiaba mucho a la hora de ir a Bilbao o Patzke.

Lo de Patzke eran unos ranchitos pa' los 'calchinuzos', eran medios, medios 'picantes'.³⁵

En Padre Las Casas la clientela era diferente, pues, aparte de los trabajadores agrícolas y peones, asistían cuatreritos y bandidos que habitaban u operaban en la zona. Sin embargo, en general éstos no actuaban contra sus vecinos, ya que "si se robaban una gallina, era mucho decir".³⁶ Incluso *la Rufina*, una de las "dueñas" más conocidas de este tipo de locales, estaba casada, según Manuel Boert, con Iginio Melivilú, perseguido cuatrero del sector.

Respecto de la población aborigen, Manuel Boert afirma que "la mapuchada no asistía a estos lugares". Don Carlos Escobar confirma esto diciendo que, en general, los mapuches eludían estos lugares y preferían sólo aquellos que vendían sidra y vino. Por lo demás, aquellos que venían del campo y acudían a vender sus productos a las ferias muchas veces lo hacían con toda su familia, esposas, hijos o parientes.

Con mayor dificultad hemos intentado tener una idea de lo que, alrededor de 1940 en Temuco, cobraba una prostituta por "sus servicios". La dificultad en obtener esta información reside en que lógicamente no existía una tarifa oficial, y éstas fluctuaban según la calidad del local, la "calidad de las asiladas" y las condiciones de la demanda.

... según como lo pillaban tiraban el tejo pasado ellas también, así que se empezaban a estirar; sobre todo cuando había llegado mucha mercadería, más se estiraban.³⁷

Sin embargo, la mayor parte de los testimonios coincide en señalar que las prostitutas cobraban entre 3 y 5 pesos, aunque estas cifras no son muy confiables.

LAS PROSTITUTAS, LAS SUCIAS, LAS PELADAS

Las prostitutas, "mujeres de la vida",³⁸ son, según el diccionario de la R.A.E., las mujeres expuestas "públicamente a todo tipo de torpeza y sensualidad". Es la mujer expuesta, entregada y abandonada a la "pública deshonor". Se podría decir que tiene su símil en el niño "expósito", expuesto y abandonado,³⁹ que probablemente ella misma ha engendrado.

Doña Marta (alrededor de 65 años), una mujer "nacida y criada" en Basilio Urrutia, cuenta que de joven, cuando aún no tenía 15 años, veía a otras "mujeres arregladas y pintadas", y que cuando podía les sacaba "a la mala" desde el velador el "rojo india" (rubor) y se pintaba la cara y las piernas. A los hombres les gustaba eso, y así se fue iniciando en el "oficio".⁴⁰ Cuenta que durante los años posteriores a la crisis, la mayoría de sus compañeras complementaban este trabajo con el de vendedoras de empanadas y "mote con huesillo" en la feria Pinto: "Todas las colegas hacían lo mismo".

Según Isaías Zúñiga, en ciertas ocasiones —como el Dieciocho de Septiembre o la llegada de algún circo a la ciudad—, las "empleaditas" del barrio Avenida Alemania salían a buscar clientes, creando una prostitución solapada y sin control. Asimismo, la prensa denunciaba que incluso mujeres casadas y colegas practicaban la prostitución.

... a ellos [los prostíbulos] llegan mujeres casadas que van a sepultar la honra de sus hogares en el fondo de aquellos inmundos lupanares; muchachas colegiales, algunas se ven visitando asiduas hasta aquellos centros de corrupción.⁴¹

Muchas de estas mujeres eran personas desarraigadas, que no recibían ayuda ni trabajo en ninguna parte, lo que las llevaba a "asilarse" en cualquier prostíbulo que las acogiera. Eran llamadas "putas sueltas", pues vagaban de un lado a otro.

La Orfelina, llamada *La Monja*, "porque era muy bonita", acogía a algunas de estas mujeres, dándoles comida y alojamiento a cambio de que trabajasen para el prostíbulo, que estaba ubicado frente a la misión religiosa de Padre Las Casas.⁴²

Esas venían de fuera, unas peladitas, de estas más inmundas, que correteaban en otras partes. Venían aquí, las recibía ella. Les daba comida nomás... Pero ganó harta plata, tenía un saco con puros billetes, yo me acuerdo; y cuando murió, no tenía nada.⁴³

El control

Al parecer, es una norma que a la prostitución no se la prohíba ni se la persiga con el fin de terminar con ella. Lo que sucede es que se ejerce un control de tipo médico y/o policial. Las prostitutas reciben una credencial, o bien deben recurrir en forma periódica a algún lugar con el fin de ser revisadas. El objetivo de esto es promover la continuidad de la actividad sin que peligre la salud del cliente, que es en definitiva quien demanda y mantiene el sistema.

Por esto, la "casa de tolerancia", el espacio pecaminoso aceptado por la sociedad, no es una preocupación en sí misma para las autoridades. En Temuco se consideraba que el verdadero peligro estaba en la propagación de las enfermedades venéreas.

En 1931, mientras se legislaba sobre el tema, las autoridades de salud en conjunto con Carabineros dotaron "de un carnet de salud que es visado dos veces por semana en el Centro Preventivo de Salud, tomándose algunas otras medidas tendientes a poner un atajo a las enfermedades de trascendencia social".⁴⁴

Algunos años después, en 1934, finalizada la crisis, el problema había sobrepasado todo control. Según una información de la prensa, de 850 mujeres que ejercían la prostitución, sólo 70 se controlaban.⁴⁵ En 1940, el Policlínico Antivenéreo señalaba la existencia de 162 mujeres inscritas y un número de 39 prostíbulos y cabarets.⁴⁶

Este policlínico o "profilactorio" antivenéreo nació en 1938,⁴⁷ con el fin de controlar un brote de sífilis que asolaba a la región.⁴⁸ Para lograr sus objetivos, la institución dictaba charlas en el mismo barrio "pecaminoso".

El practicante a cargo de este servicio, señor Mosquera, ha recibido instrucciones en el sentido de dar charlas de divulgación, entre los habitantes del barrio de la calle Basilio Urrutia.⁴⁹

Algunos años más tarde, el consultorio estaba apunto de ser cerrado, por falta de personal que atendiera la gran cantidad de enfermos que, pese a la campaña, sólo había disminuido en una pequeña cantidad. Según la prensa, antes de 1944 se atendía a más de 1.500 enfermos, mientras que en 1945 se hacía con 1.485.⁵⁰

A pesar de que existían otras formas de control sobre la prostitución,⁵¹ en el caso de Temuco no han quedado de manifiesto, lo cual no significa que no se hayan aplicado.

La condena y el castigo

La mujer prostituta, suelta, cochina y pelada, es la mujer del cuerpo sucio, del cuerpo en (ab)uso; y quien designa y (des)califica —el hombre— es, en definitiva, quien condiciona ese cuerpo, quien le da destino. Es, a la vez, quien lo disfruta y lo condena.

La monja, la finá' Orfelina, la Baucha... era muy bonita y cantaba muy lírico... Cantaba por ahí, manejaba chiquillas y manejaba vino pa' vender también... Y después, cuando ya se vio jodida, no tenía mucho, se casó con un mapuche, un tal Segundo Llancamil y murió ella también. Como debería maldad la mujer esa, que era más grande que yo, tremenda mujer, y cuando murió la última vez estaba así chiquitita... Esta había hecho las cosas más malas que habían existido en la vida de la monja. No era monja buena.⁵²

La monja es la contrapartida de la prostituta, el revés del pecado y la corrupción. En ella se expresa la mujer de sexualidad reprimida, guardada y cautiva. Designar a una "puta" como monja es sostener la posibilidad de transgresión máxima que puede permitir una sociedad: pecar sin recibir el castigo.

Pero las prostitutas cambian, envejecen, pierden el pelo. El envejecimiento del cuerpo, que en definitiva es lo "útil", es el fin de los días de vicio de la hetaira.

... después, cuando estaba enferma, quería que me acostara con ella. Yo no quise. ¿Sabe por qué? Porque era buena para hacer mal. Yo dije, me puede hacer mal... si era tanto como las viejas curanderas.⁵³

La vieja prostituta, la antigua mujer deseada, es ahora inevitablemente, por lo males que ha cometido, la bruja, la que hace el mal ya no con su sensual y sucio cuerpo, sino con las artes misteriosas de la brujería. La mujer virgen se va al cielo, la otra se entrega al pecado eterno de su pacto con el mal.

La condena y el castigo están en el lenguaje y en la marginación social de la que son víctimas las prostitutas, inclusive hasta el fin de sus días.

La estigmatización de la prostituta no es así transitoria, puesto que en cuanto abandona el "oficio", por vejez, incapacidad física o cambio de actividad, y mientras sea reconocida, será una "mujer mala". Como fundamento de tal calificación se recurre a las creencias de tipo campesino popular: se la identifica con *la curandera*, la que conoce artes ocultas y potencialmente malignas.

CONCLUSIONES

La crisis del treinta afectó profundamente a la sociedad de la frontera. Sus efectos se prolongaron a lo largo de más de dos décadas, con su secuela de marginalidad y pobreza. En este contexto, la prostitución y el alcoholismo se convirtieron en espacios de resistencia frente al bloque de poder, además de ser un refugio en el que los sectores populares recreaban algunas de sus complejas redes de relaciones sociales. Por otra parte, la dificultad que acarreaban a las autoridades, la posibilidad de extirpar esos males (o la no intención de hacerlo), generaba medidas de tipo control médico sanitario y/o policiales destinadas más bien a ordenar la situación mediante visas, patentes y certificados, que a darle una solución.

La prostitución y el alcoholismo entre los sectores populares pueden llegar a ser considerados diversiones en cuanto efectivamente gratifiquen las necesidades de ocio y esparcimiento que las personas requieren en su contexto social determinado. La mujer prostituta es el centro de una actividad comercial tolerada/condenada; ella define un espacio en el cual se encuentran y desencuentran las contradicciones más ocultas de nuestra sociedad.

En este trabajo, la prostituta es vista básicamente desde la perspectiva de los hombres, a través de relatos de antiguos "clientes". Por tal motivo, carece, en gran medida, de una perspectiva fundamental: la de la mujer. Sin embargo, pensamos que esto no inhabilita un trabajo que ha tenido la intención de situarse cerca, en todo caso, de la problemática de ellas. La nuestra, por lo tanto, no es una investigación de género, a pesar de que aborda, al menos en forma tangencial, el problema de la identidad de la mujer.

Finalmente, tenemos noticias de que a partir de la década del cincuenta, y especialmente con la llegada del segundo gobierno del general Ibáñez, la mayor parte de los prostíbulos ubicados cerca de la estación del ferrocarril y los de Villa Alegre fueron trasladados, y algunos otros clausurados. El traslado se realizó a la calle O'Higgins, cercana al centro de la ciudad y en la cual se ubica el Regimiento de Ejército "Tucapel".

Santiago, septiembre 1992.

NOTAS

1. Sin embargo, nos han inspirado trabajos de historia de los sectores populares como los de Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios* (Santiago: Ediciones Sur, 1985); María Angélica Illanes, "Disciplinamiento de la mano de obra minera en una formación social de transición, Chile 1840-1850", *Nueva Historia* (Londres) 12 (1984); Luis Alberto Romero, "Condiciones de vida de los sectores populares en Santiago. Salud y vivienda 1850-1895", *Nueva Historia* (Londres) 9 (1984). Para entender la relación entre diversión y poder, nos ha sido útil la obra de Mijail Bajtin, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento* (Madrid:

- Alianza, 1988). También creemos fundamental el aporte de la llamada novela "proletaria": Joaquín Edwards Bello, *El roto*; Nicomedes Guzmán, *La sangre y la esperanza*; Alberto Romero, *La viuda del conventillo*; Carlos Sepúlveda, *Hijuna*, entre otras.
2. Este trabajo forma parte de un estudio mayor denominado "Formas y lugares de diversión popular en Temuco(1930-1950). Un acercamiento histórico a través de testimonio orales". Seminario de Título, Temuco 1990.
 3. Markos Mamalakis: En 1930 la ciudad contaba con 35.748 habitantes; esta cantidad había subido en 1950 a 51.497 personas. *Historical Statistics of Chile Demography and Labour Force*, Vol. 2 (Greenwood Press, 1980).
 4. Para entender el concepto de "sectores populares", véase Luis Alberto Romero, "Los sectores populares urbanos como sujetos históricos", *Proposiciones* 19 (1990).
 5. Diarios *La Antorcha Democrática*, 4 diciembre 1943, p. 3; 1 enero 1944; y *El Sur*, Temuco, 12 abril 1945.
 6. Esta información se obtuvo de un documento existente en la Biblioteca del Museo Regional de la Araucanía de Temuco. Data de 1932, y consta de un listado de un albergue que registra 2.970 personas, aproximadamente. Los datos están ordenados por nombres, profesión, número de inscripción, edad, estado civil, domicilio, hijos mayores de dos años, número de personas, número de raciones y sexo.
 7. Jorge Pinto, "El bandolerismo en la Frontera, 1880-1920", Universidad de la Frontera, Temuco 1989.
 8. José Bengoa, *Historia del pueblo mapuche* (Santiago: Ediciones Sur, 1988).
 9. Véase Corina Gallegos, "La crisis de 1929 y sus efectos en el desarrollo regional". Universidad de la Frontera, Temuco 1986.
 10. Para este período existe una abundante cantidad de material de prensa; una parte ha sido recopilada en José Curriao y otros, "Temuco a través de *El Diario Austral*, 1926-1960". Seminario de Título, UFRO (Temuco). Véase *El Diario Austral*, 5 abril 1930, p. 11; *El Laborista*, 31 octubre 1931, p. 4; *El Diario Austral*, 14 junio 1932, p. 5. Este último decía respecto de la alarmante cesantía: "De 650 raciones que se repartían el 2 del presente, en la semana tendrán que aumentarse a dos mil. No hay fondos para dar alimentación a los cesantes".
 11. Ivo Babarovich y otros, "Campesinado mapuche y procesos socioeconómicos regionales". *Serie Documentos de Trabajo GIA*, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago 1987.
 12. El tema de la habitación obrera, por ejemplo, ocupa innumerables páginas de la prensa de la época, desde su agravamiento con la crisis de 1930 hasta finales de la década del cincuenta. Alguna de esta información en *El Laborista*, 28 octubre 1931, p. 4; *El Diario Austral*, 6 abril 1931, p. 9; *El Diario Austral*, 10 mayo 1932, p. 2, "La FOCH llama al cese de pagos de arriendo"; *El Diario Austral*, 31 mayo 1938; *El Diario Austral*, 9 de junio 1938, p. 8; *El Diario Austral*, 13 junio 1944, p. 9; *El Diario Austral*, 27 Octubre 1950, p. 26.
 13. Marcela Lagarde, *Cautiverio de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas* (México: UNAM, 1990).
 14. En Chile, en general, y en Temuco, en particular, no se ha comprobado en este período la existencia de redes u organizaciones en el "negocio de la prostitución". En Argentina, por ejemplo, hacia 1930 existió una sociedad (Zwi Migdal) que estuvo compuesta por 5 mil socios y controlaba 2 mil prostíbulos en todo el país, en los que trabajaban 30 mil mujeres. En Ernesto Goldar, "El burdel", *Cuadernos de Historia Popular* (Argentina) 1987, p. 62.
 15. Para el período existen algunas publicaciones que demuestran que el problema se extendía a todo el país: Raquel Kogan B., "Estudio social y jurídico del problema de la esclavitud blanca" (Santiago, 1934); Edith Alvear, "El problema de la prostitución" (Santiago, 1944); Inés Padilla, "Apuntes sobre prostitución" (Santiago, 1949).
 16. Eduardo Pino, *Historia de Temuco* (Temuco, 1969) pp. 60-61.
 17. *El Diario Austral*, 12 abril 1932.
 18. Entrevistado Manuel Boert.
 19. *El Sur* de Temuco, 10 de abril 1945.
 20. *El Diario Austral*, 10 abril 1945.
 21. *La Antorcha Democrática*, 18 diciembre 1943, p. 2.
 22. Entrevistado Isaías Zúñiga.
 23. Idem.
 24. Idem.
 25. Entrevistado Carlos Escobar.
 26. Manuel Boert.
 27. Isaías Zúñiga.
 28. Manuel Boert.
 29. Manuel Boert.
 30. Testimonio de Isaías Zúñiga, Carlos Escobar y Manuel Boert.
 31. Manuel Boert.
 32. Isaías Zúñiga.
 33. Manuel Boert.
 34. Carlos Escobar.
 35. Idem.
 36. Idem.
 37. Idem.

38. Marcela Lagarde, op. cit., escribe que a las prostitutas también se les llama "mujezuelas, malas mujeres, mujeres públicas, mundanas, pecadoras, galantes, perdidas, de infantería, de mala nota, del oficio, de la noche, del talón, de la esquina, de la calle, de la vida o de la mala vida, del mal vivir, de la vida airada y de la vida alegre, callejeras, golfas, huilas, taconeras, cuzcas, descocadas, aventureras, arrabaleras, ficheras, peladas, cabareteras, masajistas, "call girl", viciosas, gatas, pecadoras, coimas, perdidas, ninfas, pupilas, cortesanas, damiselas, rameras, meretrices, hetairas, zorras, perras, viejas, locas, pirujas, y putas" (p. 545).

39. René Salinas y Manuel Delgado, "Los hijos del vicio y el pecado. La mortalidad de los niños abandonados (1750-1930)", *Proposiciones* 19 (1990).

40. Conversación no grabada.

41. *La Antorcha Democrática*, 18 diciembre 1943, p. 2.

42. Manuel Boert.

43. Idem.

44. *Album-Guía del Cincuentenario de Temuco* (1931), p. 294.

45. Eduardo Pino, op. cit.

46. *El Diario Austral*, 1 enero 1940. Citado por Miguel Espinoza en *Temuco y la Frontera, 1881-1941. Integración económica y desintegración social de un espacio en un espacio urbano* (Santiago 1989).

47. *El Diario Austral*, 19 abril 1938.

48. El problema de la sífilis era de tal magnitud en el país, que el Poder Legislativo llevó a discusión un proyecto de ley denominado "Delito venéreo y certificado prenupcial", en donde se establecía que para poder contraer matrimonio previamente se debía asegurar, mediante un certificado, la inexistencia de sífilis. *Revista Chilena de Higiene y Medicina Preventiva* (Santiago, 1940).

49. *El Diario Austral*, 18 junio 1938.

50. *El Sur* de Temuco, 1 marzo 1945.

51. El escritor francés Alejandro Dumas, en su libro *La Enciclopedia del Vicio* (Barcelona: Lezcano y Compañía Editores, 1901) cuenta que en el París de su época las prostitutas eran obligadas a vestirse con ropas de colores vivos, para diferenciarlas de las "mujeres decentes".

52. Manuel Boert.

53. Idem.